

## ADENAUER Y SU ERA

Churchill habló de Konrad Adenauer como «el mejor estadista alemán desde Bismarck» y no ha faltado quien hubiese preferido pensar en él como un nuevo Stressemann. Para algunos ha habido siempre algo misterioso, a lo cual es posible asociar, a menudo e inconscientemente, conceptos un tanto peyorativos, que podrían acentuarse con sólo recordar unos rasgos físicos capaces de traer a la mente los del doctor Syngam Rhee, aquel iracundo y autoritario presidente de la República de Corea que había nacido alrededor de un año antes nada más. En cambio, para otros, por fortuna muy pocos, apenas pudo haber sido otra cosa que una maldición con la que no quedaba más remedio que vivir y convivir, pues su naturaleza era sobrenatural y no dejaba sitio para otra cosa, sencillamente. El doctor Carlo Schmidt, una de las grandes figuras de la socialdemocracia alemana de la postguerra, lo decía en la actitud de ese hombre bonachón que parecía sentarle admirablemente: «No; este hombre no puede morir. No tiene corazón porque no es un ser humano. Es un hombre de Neanderthal.»

Es posible que otra impresión—una más—se sacase de oír a las gentes decir, con lágrimas en los ojos, al enterarse de la muerte del estadista que estuvo, ya muy anciano y durante catorce años, al frente de los destinos de su país, la República Federal de Alemania: «Por todo lo que hemos tenido después de la guerra, a él tenemos que darle las gracias.»

Resulta difícil, imposible más bien, llegar a conclusiones definitivas sobre la obra de un hombre cuando apenas ha dejado de existir. Aunque sea después de tener cumplidos los noventa y un años. En realidad, eso es difícil en cualquier clase de tiempo y circunstancias. Pero si el juicio de los que, en una encuesta popular, colocaron al doctor Konrad Adenauer muy por delante de aquel canciller de hierro que aseguró horas de grandeza y de gloria imperial para su patria, en unos días no tan lejanos aún, para llegar a la con-

clusión de que él, Adenauer, no Bismarck, había sido el alemán más grande de los tiempos modernos, pudiese parecer un poco precipitado, no habrá de ser indispensable, evidentemente, tener que esperar largos años para llegar a la conclusión de que es mucho, ciertamente, lo que sus compatriotas le han debido y le deben aún.

Por eso, por tener ya, desde el momento mismo de su muerte—desde antes seguramente, desde que empezó a quedar atrás, a ser cosa para la historia, la llamada Era de Adenauer, circunstancia que debe arrancar necesariamente del momento en que dejó el palacio de Schaumburg más bien que del momento en que, tres años y medio después, dejaba también el mundo de los vivos para que sus restos mortales fuesen a descansar en el cementerio privado del hermoso, florido jardín de su casa de Rhoendorf, en las proximidades de Bonn—la impresión de que su paso por la vida se había hecho dejando atrás huellas indelebles, resulta quizá más difícil llegar a una estimación aproximada del valor y la permanencia de este hombre como hecho histórico. Pero, insistiendo, lo que apenas deja sitio para la duda es que su obra ha sido realmente grande y de duraderas características y su valor sin duda muy elevado.

En cierto modo, un modo ancho y profundamente humano, no debería costar trabajo alguno situarlo a la par, por lo menos, del príncipe de Bismarck, porque si bien en la obra de Adenauer, en lo que es motivo genuino para hablar con un sentido histórico de la Era de Adenauer, no se descubre nada capaz de tener o adquirir esas dimensiones imperiales que llegó a tener la obra de su gran antepasado, si es posible dar en ella con cualidades de mucha mayor y mejor aceptación y durabilidad.

Porque a tiempo que Bismarck iba creando y desarrollando un imperio, iba dejando también en los surcos con que buscaba labrar el futuro de su nación la semilla de que estaban fatalmente condenados a salir frutos tan amargos y terribles como las rivalidades que desembocan en la guerra, la muerte y la devastación. Era como si se hubiese entretenido en hacer una obra grande, deslumbradora, para dejarla después condenada irremediablemente a una destrucción capaz de ser tanto más trágica por ser incommensurables las dimensiones que a la pérdida había conseguido dar tanta grandeza.

En cambio, en Adenauer se empezó en la tragedia, en la derrota, en la humillación, en lo que casi estaba al borde de la degradación misma, física y moral, para emprender una obrar de reconstrucción. que en cosa de unos

pocos años situó a una nación devastada, ocupada, desmantelada y parcelada por los conquistadores—a una parte de lo que geográficamente había sido su nación unos años antes nada más—en uno de los primeros puestos entre las grandes potencias del mundo, aceptada en condiciones de igualdad y respetada también. No dejaba de parecerse a una ironía la circunstancia, fantástica a la vez que fabulosa, de que en los catorce años de la Era de Adenauer, sobre la muerte, la ruina y el desmantelamiento se realizase una labor de reconstrucción, que acabó en que la nación vencida—una porción de ella nada más—consiguiese desplazar a una de las potencias vencedoras del segundo puesto que había mantenido largamente en los mercados comerciales del mundo.

No será fácil encontrar muchos casos como éste, en el que un pueblo es deudor de tal manera y con tanta amplitud a un solo hombre. En demostración de ello, como advirtió el actual canciller, doctor Kurt Georg Kiesinger, el pueblo alemán se «inclina en acto de tributo ante este gran hombre» que acaba de fallecer.

En lo que no hay mucho sitio para la duda es en la deuda, aunque pueda haberlo para otras cosas, incluso el importe de la deuda misma. «Sólo generaciones posteriores—añadió el canciller—podrán medir plenamente lo que ha sido para nosotros y lo que hemos perdido.»

El secreto, si lo hay, está en ese «plenamente» nada más. En cuanto a lo demás, apenas queda sitio ahora para nada más que el reconocimiento general, unánime, incluso por parte de los que, como el doctor Carlo Schmidt—por no decir nada del doctor Kurt Schumacher, aquella sombra, fantasmal y esquelética a la vez, que se movía trabajosamente por los pasillos del *Bundestag*, descansando pesadamente (otra ironía de una vida apenas sin peso físico y, en realidad, con poco peso moral también) sobre una secretaria, un hombre anguloso, descarnado, sin una pierna y sin un brazo y siempre con el semblante amargado y el gesto rencoroso—, hubieran preferido que el doctor Adenauer se hubiese quedado en su casa después de haber sido destituido por el comandante militar británico del cargo de burgomaestre de Colonia, el mismo que había desempeñado largamente con anterioridad a la Segunda Guerra Mundial, hasta su destitución por el régimen nazi.

De no haber sido por Adenauer, el hombre de las grandes convicciones, las grandes pasiones y las grandes realizaciones, que en una ocasión confesó: «Odio a los rusos, a los prusianos y a los ingleses», muy bien hubieran podido los socialdemócratas del doctor Schumacher y Willy Brandt haber jugado en esta postguerra un papel político de importancia quizá comparable al que habían

jugado en la postguerra anterior. Aunque sólo sirviese para repetir una experiencia que tuvo consecuencias tremendas para Alemania y para la mayor parte de Europa. Para toda Europa, en cierto modo.

\* \* \*

Se ha dicho alguna vez que la Era de Adenauer empezó por casualidad y como un acto de fe. Una y otra suposición descansa sobre recios pilares.

La casualidad, traducida a los hechos de la vida política en la mayoría de un solo voto, aquella votación de 202, de un total de 402 diputados participantes, del 15 de septiembre de 1949, que le elevó al cargo de canciller de la República Federal de Alemania, para formar un Gobierno de coalición con las representaciones de su partido, el Demócrata Cristiano, la Unión Social Cristiana, el Demócrata Libre y el Partido Alemán, o la confianza en sí mismo. Porque aquella mayoría de un solo voto, ¿no estaba representada, en realidad, por la papeleta depositada por él mismo en la urna?

—Lo hubiera tenido yo por hipocresía pura el no haber votado por mí mismo—observó el propio Adenauer cuando alguien intentó dar a aquel voto suyo una interpretación cuestionable.

Y en cuanto al acto de fe. ¿qué otra cosa se podría esperar del hombre que nunca había reconocido más amo y maestro que uno, Dios, ni más fe que una, la que la Iglesia Católica le había inculcado?

Es posible, sin embargo, que por este lado, el de una genuina *Weltanschauung*, que se había calcado con características originales en la vida y obra de *Der Alte*, el «Anciano», como solía llamársele, con algo que en algunos parecía tener asomos, aunque sólo fuese asomos, de insinuación peyorativa y en otros sólo podía ser admiración, o respeto, o veneración, se corra el de perder un poco el contacto con una realidad impresionante, la de esa Alemania Occidental que fue saliendo de las decisiones y directrices y contemporizaciones del doctor Adenauer. Y de la lucha, a brazo partido cuando no quedaba más remedio, contra obstáculos y resistencias que podrían haber ido mucho más allá. en su empeño obstruccionista, de lo razonable. Que en política tiene siempre, ya se sabe, una significación especial y con frecuencia muy elástica también.

Hay quien define la política como el arte de lo posible. Adenauer lo hizo de una manera un poco especial. «El arte de la política—advirtió—consiste en saber precisamente cuándo es necesario golpear a un oponente ligeramente por debajo del cinturón.»

Cuando de Alemania, de su pueblo, se trataba y cuando se habían apurado todos sus muchos recursos de conciliación y ponderación, que la experiencia demostró que habían sido generosamente abundantes, el doctor Adenauer nunca hubiera vacilado en atacar, aunque fuese necesario hacerlo un poco por debajo del cinturón. La fe le movía a ello, sin duda. Pero se trataba de una fe apoyada vigorosamente en una voluntad inquebrantable y animada por una sensibilidad política privilegiada.

\* \* \*

Había mucho más, sin embargo, en Adenauer que el propósito o el deseo de servir a su pueblo. Con esto nada más, por mucho que fuese, podría llegar a ser una gran figura nacional—trasladar, por ejemplo, al panorama de la República Federal de Alemania la obra que realizó en sus largos años al frente de la administración de la ciudad de Colonia—, pero difícilmente uno de los grandes estadistas de nuestro tiempo, capaz de figurar al lado de otros grandes estadistas de la postguerra, de Churchill, Schuman, De Gasperi, De Gaulle. O quizá, quién sabe todavía, porque eso sí que es cosa para confiar a la Historia, por delante y por encima tal vez de cualquiera de ellos, especialmente cuando se piensa en que a la estatura genuinamente internacional—él mismo ha dicho y en los hechos ha habido a menudo amplia comprobación de ello: «Yo prefiero la unidad europea a la unidad alemana»—, es forzoso añadir la estatura que le corresponde por la obra nacional que llevó a cabo, una tarea para cuya justa apreciación no se encuentran en toda Europa de la postguerra puntos adecuados de comparación fuera y más allá de la propia Alemania.

Es muy posible que con el tiempo se comprenda mejor ese lado de la personalidad—y la obra—de Adenauer, acaso un poco ensombrecido por la magnitud no menos que la calidad de su obra nacional, de eso que por ser una realidad ostentosa ha arrancado genuinas y generales demostraciones de reconocimiento y gratitud en un pueblo que recibió con emoción y sentimiento la noticia de la desaparición física de una gran figura de nuestro tiempo.

Setentón—tenía setenta y tres años—cuando llegó a jefe del Gobierno, el primero, de la República Federal de Alemania, de reciente creación y con capital en Bonn, una pequeña ciudad universitaria a orillas del Rin, Konrad Adenauer era un nombre poco menos que totalmente desconocido dentro y fuera de su país. De una encuesta popular celebrada entonces salió la conclusión de que el 90 por 100 de los alemanes nunca, con anterioridad, habían oído su nombre.

Podiera esto parecer un poco extraño. A menos que se tomase como una demostración más de lo que es una característica humana bastante acusada: olvidarse. Porque de los años que median entre 1917, cuando por vez primera fue nombrado *buergermeister*—alcalde—de Colonia, por 52 votos favorables y sólo dos en blanco, hasta 1933, queda el recuerdo de una obra cuya verdadera significación debería aumentar, agigantarse, nunca disminuir, con el paso del tiempo. Y porque durante algunos años fue objeto de muy graves y apasionadas acusaciones. Lo suficiente también para que muchos alemanes se acordasen de él.

Su primer cargo público, el de *beigeordneter*—concejal—de su ciudad natal (había nacido el 5 de enero de 1876, cuando Otto von Bismarck se encontraba al frente del Gobierno de una nación que había sido unificada por él mismo poco antes) le llegó cuando tenía treinta años, demasiado joven en opinión de muchos. Especialmente por tratarse de Colonia, una gran ciudad que se encontraba pasando por un período de gran crecimiento y de una rápida acumulación de riquezas también. Que se encontraba en proceso, además, de transformación en una dirección política que se hallaba en el trance de dejar de ser liberal, como había sido largamente, para caer bajo la influencia de una coalición de conservadores y centristas católicos, entre los que se encontraba este hombre, que después de estudiar en las universidades de Munich, Friburgo y Bonn, estuvo empleado durante un par de años como ayudante del *justizrat* (fiscal) Kausen, que era a la vez presidente en Colonia del *Zentrumsparti*, aquel Partido del Centro que llamó mucho la atención en los años entre las dos guerras. Por el relieve y la influencia de algunas de sus figuras más bien que por su representación en el Parlamento, siempre minoritaria y con frecuencia muy reducida, además. Pero aparte el papel que pudo jugar entonces, de él acabaron por salir personalidades y experiencia que pasado el tiempo jugaron un papel decisivo en la vida y la historia de la nación, políticamente organizadas en el C. D. U., como general se conoce al Partido de la Unión Demócrata Cristiana, que elevó al doctor Adenauer a la Cancillería, y allí lo mantuvo por espacio de catorce años.

Su vida política había empezado en Colonia, en el año de 1906, como concejal encargado de los impuestos, y fue subiendo hasta llegar, ya lo hemos visto, al puesto más alto en la administración de la ciudad, cuando su país estaba no sólo en guerra, sino próximo ya a la derrota, en que culminó—desembocó más bien—una espectacular, por lo grande y lo fugaz, carrera imperial. Por un lado, la guerra, ya sin perspectivas de victoria, seguida de la derrota.

la ocupación de una parte importante de la porción occidental de Alemania, las reparaciones, el separatismo, la inflación, la bancarrota y, finalmente, una situación de crisis política, social y económica que pudo parecer que había alcanzado características de permanencia, para culminar—desembocar otra vez— en el nazismo.

Frente a esto, en Colonia, el desarrollo rápido de un programa de expansión y transformación con nuevos suburbios, parques, museos, zonas industriales, modernización y ampliación del puerto, grandes edificios y terrenos de exposición a la otra orilla del río, la primer gran carretera para automóviles de Alemania y, por supuesto, el renacimiento, que empezó ya en 1919, de aquella Universidad de Colonia, que había desaparecido hacía bastante más de un siglo, y que, en acto de justo reconocimiento, le confirió el título de doctor *honoris causa* de cada una de sus facultades.

Por todas estas cosas podía ser recordado el nombre de Konrad Adenauer. Especialmente cuando para hacer frente de manera adecuada a las necesidades de semejante programa de expansión, fue inevitable el recurso a la financiación pública, en forma que en algunas mentes producía una gran impresión. Y no siempre favorable. De la propia capital, Berlín, había llegado alguna vez que otra el eco de la gran sensación de malestar que producía, más que lo que aquel alcalde estaba haciendo en Colonia, la forma en que lo estaba haciendo.

Seguía él adelante, sin embargo. Sin pensar acaso en otras consecuencias que la necesidad de proseguir la obra iniciada, y una de cuyas consecuencias fue el engrandecimiento y la consolidación constante de su personalidad y de su posición. Las dificultades que hubieron de ser vencidas acaso se viesan formidablemente agrandadas por el ambiente de agitación y lucha de unos años que jamás pudieran haber parecido más decisivos, y el peso, sin duda muy grande, de acusaciones y consideraciones, como la circunstancia de que el año antes de ser nombrado alcalde—elegido por los concejales—tuvo un resultado negativo la solicitud de una póliza de seguros, porque del examen médico previo salió la conclusión de que aquellos débiles pulmones suyos no hacían pensar en una vida robusta a la vez que dilatada.

Contra él llegaron a pesar también sospechas, y hasta acusaciones, que podían tener una gran influencia, no siempre favorable tampoco, sobre su futuro político. Ya en 1923, cuando, además de alcalde de Colonia había llegado a ser presidente de la Alta Cámara de Prusia y del Consejo de Estado prusiano, Jacques Bainville lo citaba por su nombre para acusarlo de estar pronto «en cual-

quier momento» para llenar el doble papel de alcalde y fundador de «una falsa república rhenana, que habría de ser, al fin, dirigida por Prusia».

Unos le acusaban de separatista y otros de lo contrario, y acaso de algo mucho peor todavía, por llevar implícita la idea de una total carencia de escrúpulos.

\* \* \*

Cuando, con el paso de los años, llegó a la *Rathaus* de Colonia un grupo nazi—ya estaba Adolfo Hitler en el poder—con la pretensión de que la bandera de la Cruz Gamada fuese izada en el mástil principal, para verla rechazada, llegó también el momento, eran los comienzos todavía de 1933, de la iniciación de una campaña de gran violencia y amplitud, en la Prensa, en la radio, en la calle, contra aquel alcalde a quien se acusaba del doble delito, cometido en gran escala, además, de corrupción y de separatismo.

Nadie hubiera podido esperar que continuase en su puesto. Lo extraño fue, más bien, que se le hubiese dejado en libertad, con la excepción de períodos de breve duración, a lo largo de los años siguientes. Pero de la investigación que se hizo no salió motivo ni fundamento alguno para mantenerlo en la cárcel o para llevarlo a un campo de concentración. Salvo, es decir, en los momentos en que se podía presentar algún nuevo cargo que pudiera llevar implícita la idea de un castigo severo.

Y como iba pasando el tiempo, echando un año encima de otro, el nombre de Konrad Adenauer, que en algún momento pareció estar muy cerca de ser el nombre de uno de los jefes de los gobiernos, por lo general de pasajera duración, de la República de Weimar, apenas podía ser ya otra cosa que el nombre de un ex alcalde de Colonia. Había llegado a los sesenta y ocho años cuando los agentes de la Gestapo le hicieron una visita más, con la orden de detención. Para rogarle, implorarle casi, que no se quitase la vida, porque eso les colocaría en una situación comprometida.

Para aquellos hombres nada más natural que el doctor Adenauer se quitase la vida antes que hacer frente a la perspectiva de una dura y larga privación de la libertad, porque a su edad «nada más tenía que esperar de la vida».

Otra vez estaba Alemania en guerra. Otra vez se estaba haciendo demostración de que, ciertamente, para Alemania no quedaba otra salida que la anticipada por el conde von Bülow en el año final del siglo pasado. «En el siglo que viene—dijo—el pueblo alemán será martillo o será yunque.»



De momento se estaba en el período de transición de una cosa a la otra, una vez más, la segunda ya en el curso de una generación tan sólo. Y haciendo también demostración terrible de lo que Bismarck había dicho sólo una docena larga de años antes, en 1862, de que el doctor Adenauer hubiese nacido: «Las grandes cuestiones del día no serán resueltas por resoluciones y votos de la mayoría—esa fue la equivocación de los hombres de 1848 y 1849—, sino por sangre y hierro.»

Es decir, lo mismo que obligaría, a juicio de Nietzsche, a Europa a con- citarse contra su patria. Porque ¿no fue admirado, aunque no incondicionalmente, por el nazismo, quien advirtió: «Los gobernantes de Europa han de llegar a ser buenos europeos y formar una liga antialemana para poner cerco al Reich»?

Por aquí y por otras partes, sin duda, están las razones fundamentales de ese concepto que movió a Goethe a describir y resumir el carácter fáustico de la naturaleza germana:

*Dos almas moran, ¡oh! en mi pecho;  
una quiere separarse de la otra.*

Pero si esa podía haber sido la Alemania de que el doctor Adenauer se hizo cargo en 1949, difícilmente se podría decir—menos todavía justificar—que esa sigue siendo la Alemania que dejó atrás a su muerte. Que dejó atrás un poco antes, al cabo de la Era de Adenauer, que había terminado hacía pocos años, los que mediaron entre el abandono—no voluntario precisamente—de la Cancillería y su muerte; pocos, pero acaso los suficientes para pensar en que quizá no hubiese motivo para pensar en el futuro en la actitud sombría que él mismo adoptó en la ocasión en que gritó más bien que advirtió: «¡Dios mío! ¿Qué será de Alemania cuando yo me haya ido?»

\* \* \*

Pocas veces un tributo habrá sido tan general y casi unánime como el que se pudo escuchar a la muerte de Adenauer. El canciller de todavía unos pocos meses, sobre quien había recaído la gran tarea de dar forma y firmeza a la política, muy distinta a la que pudo ser—ha sido, en realidad—característica dominante de la Era de Adenauer, lo había hecho al proclamar que cuando en 1949 se hizo cargo del Gobierno, «el nombre de Alemania en el mundo era el de un desterrado. El que se había opuesto a la dictadura tuvo que hacerse

cargo de la herencia de miseria, amargura, hostilidad y odio que (la dictadura) había dejado detrás de sí».

Acaso mereciese Adenauer tanto o más—mucho más, sin duda, por razones de proyección histórica—que John Synge aquel tributo de Yeats, el poeta irlandés, al «patriota que... dió a su país no lo que quería, sino lo que necesitaba...».

Se lo dió sin vacilar, aparentemente, y sin volver la espalda a otra cosa que lo que le pareció ser la causa inmediata y única de aquella situación terrible en que se encontraba su patria—una porción de su patria—, porque Alemania se encontraba ya en camino de dejar de ser un país ocupado, pero sin dejar por ello de ser un país dividido. Porque tan significativa como pudiese ser una observación sobre la composición de su ministerio —«No se inquiete por mis ministros—se dice que advirtió un día, en conversación con un diplomático—. Yo soy, por lo menos, el setenta y cinco por ciento del Gobierno.»—merecería ser, sin duda, aquella acusación que había lanzado contra el gran Bismarck. De él dijo que si bien había sabido crear una Alemania unida—una de las pocas cosas desfavorables o que quieren ser desfavorables, entre las que se insinúan sobre *Der Alter*, es el no haber sabido o no haber intentado hacer nada verdaderamente eficaz por la reunificación de Alemania—, «no había inculcado la democracia a su pueblo.»

Hacia el final de su carrera sobre todo, se hicieron más y más insistentes las acusaciones de autoritario y, por tanto, poco demócrata, contra el doctor Adenauer. Pero eso ¿no es lo que se ha dicho de todos los gobernantes que han ocupado durante un tiempo considerablemente largo la dirección de un Gobierno? ¿No es eso mismo lo que se dijo de Franklin D. Roosevelt o de Mackenzie King? Ahora bien, en las elecciones que precedieron a su designación en el *Bundestag* como canciller de la República Federal de Alemania, su partido, el C. D. U., había obtenido, con el 31 por 100 de la votación popular (unos 24,5 millones de votantes), 139 diputados, mientras que el Social Demócrata —S. P. D.—del doctor Schumacher había conseguido casi otros tantos, 131, con el 29,2 por 100 de la votación. Para encontrarse, después de las elecciones que se celebraron cuatro años más tarde, el 6 de septiembre de 1953, con que la votación popular del partido de Adenauer había subido al 42,2 por 100, mientras que la votación socialista había experimentado una leve contracción, hasta el 28 por 100 del total. Gracias a la acción del sistema de representación proporcional modificado, el canciller Adenauer se encontró con 244 diputados en el *Bundestag*, con una mayoría absoluta, acontecimiento que más que sorprendente parecía insólito.

Pudiera no estar fuera del todo de lugar el recordar aquí que cuando el doctor Adenauer llegó al palacio de Schaumburg, a mediados de septiembre de 1949, es decir, más de cuatro años después de la terminación de la Segunda Guerra Mundial en Europa, Alemania aún era una nación proscrita. Unas pocas semanas después—apenas había pasado mes y medio—el doctor Adenauer propuso una solución para algunos de los problemas más graves a que aún se estaba haciendo frente, aquel del desmantelamiento con fines de reparaciones sobre todo. Como garantía contra cualquier posible retorno a unas condiciones reiteradas que habían sido tomadas como justificación de proyectos tan extraordinarios como el de aquel miembro del Gobierno de Roosevelt para la transformación de Alemania en una nación pastoral, el canciller Adenauer sugería que la República Federal quedase comprometida en la tarea de la cooperación en el control de la producción de su industria pesada a través de la Autoridad del Ruhr y el control del desarme a través de la Junta Militar de Seguridad.

De la política de colaboración activa, con los aliados occidentales en general, empezando por los Estados Unidos, y con los vecinos también, como Francia y los países del Benelux (Bélgica, Holanda y Luxemburgo), salieron acontecimientos como el acuerdo de Petersberg y, un año después nada más, el cambio fabuloso que suponía el hecho de encontrarse ya la República Federal de Alemania con su colaboración solicitada como aliada. Medio año más, en marzo de 1951, ya la República Federal contaba con su propio Ministerio de Asuntos Exteriores. En mayo de 1952 se firmó el Tratado de París, el fin ya, prácticamente, de la ocupación militar. Y el comienzo de lo que prometió, durante algún tiempo, conducir por el lado de las negociaciones políticas a lo que se fue preparando pacientemente más tarde por el lado de la cooperación económica, la formación de la «Pequeña Europa», que parecía estar llamada a empezar en la forma de aquella Comunidad Defensiva Europea que se desvaneció, antes de nacer, en agosto de 1954, cuando la Asamblea Nacional francesa rechazó el proyecto de ratificación de un tratado que había sido negociado, rubricado por todos y ratificado también por los Parlamentos de cinco de los seis países signatarios.

Aquello que de momento pareció ser un imposible—M. Dulles había amenazado con *agonizing reappraisals*—, fue un golpe terrible con el que se demolía en un instante toda la obra de colaboración y pacificación de esperanzadores comienzos. Y fue también el estímulo que movió al canciller Adenauer, al hombre a quien todavía, salvo de una manera excepcional y nada afectuosa, no se llamaba *Der Alte* con la insistencia con que se empezó a hacerlo algún tiempo más tarde, a emprender una difícil tarea de reconstrucción de aquel sistema de

colaboración que se había venido abajo, estrepitosamente, por obra y arte, directamente, de Pierre Mendes-France, pero un poco también del general Charles De Gaulle, entonces en la oposición en un doble sentido, el de la situación política de su propio país y el de la forma peculiar que se quería dar a la propuesta Comunidad Defensiva Europea, una de cuyas características esenciales era la creación de una fuerza militar defensiva totalmente unificada y de la que formarían parte, sin duda, los reclutas de la República Federal de Alemania.

Aquel mismo año, en octubre, y en París, se firmó otro tratado, por el que se creó la Unión Europea Occidental, esta vez con la participación de la Gran Bretaña y en cuya negociación jugó un papel de especial importancia sir Anthony Eden (hoy Lord Avon). El año anterior se había negociado y aprobado por el Parlamento de Bonn el acuerdo de indemnización a los judíos, por un total de 3.500 millones de marcos. El año siguiente, coincidiendo casi al día con el décimo aniversario de la terminación de la guerra en Europa, la República Federal de Alemania fue reconocida como país independiente y soberano y aliado de las potencias occidentales en condiciones de una igualdad absoluta. Y eso que, circunstancia curiosa, aún no había sido posible llegar a un acuerdo sobre un tratado de paz.

Unos meses después, el doctor Adenauer hizo su famoso viaje a Moscú, para negociar algo más que el retorno de unos miles de alemanes, apenas la décima parte de los 80.000 que se creía eran por aquellos días prisioneros de guerra de la Unión Soviética. Los resultados no fueron satisfactorios, acaso ni siquiera parcialmente. Pero bien se podían considerar como un hito más en la vida de un hombre que había dado nombre a todo un período en la historia de su país. Y en cierto modo en la historia de algo más también.

Para cuando en 1957 sonó la hora de acudir de nuevo a las urnas, el partido de Adenauer alcanzó una mayoría absoluta no sólo en el *Bundestag*, sino en la nación entera, con una votación popular que llegó, hecho poco menos que increíble en el panorama político alemán, al 50,2 por 100 del total.

\* \* \*

Alguna vez se ha llegado a tener la impresión de que la hora del gran triunfo puede ser también la hora en que la decadencia empieza. La figura, la personalidad misma del doctor Adenauer, a cuya cara el paso de los años sobre las huellas de unas lesiones y fracturas producidas mucho antes en un accidente de automóvil había dado un carácter de especial, rígida inmovilidad y hasta

dureza, había alcanzado un alto, casi unánime, grado de admiración, respeto y hasta veneración. Aun en el caso de no poder hablarse, en términos tan generales por lo menos, de un verdadero cariño o quizá de adoración.

Había algo, entre el doctor Adenauer y los demás alemanes, que resistía, repelía quizá, la intimidad. Posiblemente no fuese más que la actitud y el semblante el hecho de que Adenauer llegase a ser conocido de los alemanes en su totalidad cuando era ya un anciano a juzgar por los años y por la presencia misma, aun cuando se mantuviese siempre en actitud que acusaba una gran vitalidad física y una energía extraordinaria. Y el carácter también, algo que llegó a producir una impresión duradera en Dean Acheson, que lo conoció y visitó cuando era secretario de Estado, en los días de Truman en la presidencia de los Estados Unidos.

Le había llamado la atención, sobre todo, aquel control tan absoluto de sí mismo y del ambiente oficial en que se movía. Fue eso lo que le indujo a decir que en él no se producía el menor derroche de nada, ni en el «movimiento, gesto, voz o expresión facial». Se mueve lentamente, acciona con mucha parsimonia, habla sosegadamente, sonríe con brevedad... Para añadir, al fin, que cuando otros no tienen más remedio que reír, él ahogaba la risa.

Adenauer había estado en todo, en esos años que forman la Era que lleva su nombre. En todo, es posible, menos en una cosa: la reunificación.

¿Qué hizo Adenauer con la patria dividida? ¿Quizá dejar paso, con su conducta, con su labor, con su actuación, a la sospecha de que algo pudiese haber en las acusaciones de que fue objeto en otro tiempo como separatista? Porque desde el punto de vista de la unificación—reunificación más bien—, la situación no parecía ser mejor hacia el final de la Era de Adenauer, cuando de una manera inesperada y sorprendente surgió el «muro de la vergüenza», que partió la antigua capital imperial en dos, que al principio, cuando se produjo, a lo largo de meses—casi un año entero—, aquella situación también inesperada y sorprendente que dio lugar al establecimiento del «Puente aéreo» de Berlín.

No hay duda que durante la Era de Adenauer se hicieron grandes cosas por el interior no menos que en lo relativo a las relaciones con el exterior y como demostración de ello apenas podría pensarse en nada más elocuente ni más definitivo que aquel *Marktwirtschaftswunder*, el milagro de la economía del mercado cuyo gran instrumento fue el profesor Ludwig Erhard, el hombre de los grandes éxitos mientras actuó bajo la dirección de Adenauer y de los grandes fracasos cuando él mismo se vió ascendido al cargo de canciller. Y a poca que sea la atención que se ponga en ello, aquel interés, mucho y eficaz, también

pareció prestar a la gran tarea de mejorar, aumentar y estrechar por todos los medios posibles—menos uno, tal vez el político—las relaciones entre las dos Alemanias, la occidental, convertida en República Federal, y la oriental, transformada en la República Democrática Alemana, de la que todo, hasta el nombre, resultaba inaceptable. Dejando casi siempre a un lado, es decir, las relaciones en todo lo que pudiese tener consecuencias políticas directas o inmediatas.

Porque las relaciones de este tipo resultaban inaceptables, es más, intolerables, se llegó a la llamada Doctrina Hallstein, con la declaración hecha por el propio Adenauer en el *Bundestag* de que el reconocimiento por cualquier país del régimen de la Alemania Oriental sería considerado por el Gobierno de Bonn como un acto inamistoso y, de hecho, como la causa del rompimiento incluso de las relaciones diplomáticas. De lo cual se dió un caso, el de Yugoslavia, a pesar de tratarse de un país de régimen comunista y de haberse establecido, por iniciativa y decisión del propio Adenauer, relaciones diplomáticas con la Unión Soviética, la potencia sin cuya intervención y ayuda no hubiese sido posible, en primer lugar, la existencia de un régimen comunista en una porción de la antigua Alemania.

Por lo demás, las relaciones entre las dos partes de Alemania fueron—siguen siendo—muy activas y, en la medida de lo posible, cordiales también. Para ello es mucho más lo que se puso del lado occidental que el oriental, por donde resulta difícil, cuando no imposible, perder de vista el aspecto o el interés político de una cuestión cualquiera. Las relaciones comerciales se han mantenido y han ido creciendo y desarrollándose y para atestiguarlo está el hecho de que sólo ahora empieza la Alemania Oriental a tener alguna importancia y significación comercial con porciones del mundo no comunista, mientras que el intercambio comercial entre las dos partes de un país dividido hacen necesario el mantenimiento de unas relaciones para cuyo desarrollo se han creado y formado centenares de comisiones y organismos que en cierto modo pueden considerarse como otros tantos instrumentos a través de los cuales se mantienen relaciones de la naturaleza que se podría esperar en países independientes y soberanos.

Pero el sentido y la realidad misma de la reunificación no ha prosperado ni progresado en los días de la Era de Adenauer, con tantos y a veces tan sensacionales progresos como en ella se han realizado. Pudiera incluso decirse que es eso en lo único en que se ha producido algún retroceso. Quizá hasta un gran retroceso.

Tal vez porque, ante todo, Adenauer ha sido un gran realista. Decía Kari Silex, director del *Tagesspiegel*, de Berlín:

«Si el curso de la política alemana ha de ser de adaptación a unas circunstancias cambiadas, como la política norteamericana, la inglesa o la francesa se hallan ahora adaptándose, era todavía y continúa siendo el punto de partida creado por Adenauer, por el cual tenemos nosotros que estar agradecidos como el vestigio de la libertad de movimiento. En este histórico sentido, la Era de Adenauer no ha terminado tampoco con su muerte.»

Esa libertad de movimiento, que nació y se desarrolló a lo largo de la Era de Adenauer, ha tenido su mejor, más amplio y más llamativo campo de acción en las relaciones exteriores, puesto que en lo relativo al gran problema—un problema acaso un poco aterradoramente artificial—de la reunificación, todo parecía ser inmutable. Porque mientras por este lado la situación se ha conservado en una forma que ha podido crear una sensación incómoda, por la permanencia, del *statu quo*, por todo o casi todo lo demás, lo que en un principio pudo ser causa de alguna sensación de timidez, había llegado a convertirse en una de las más fuertes y anchas características de nuestro tiempo: la movilidad, el movimiento, el cambio.

En cuanto a Alemania, a la Era de Adenauer, acaso el aspecto culminante, hasta ahora, esté en el Tratado Franco-Germano de enero de 1963, un acontecimiento que apunta al cambio—lo confirma más bien—desde dos puntos de vista igualmente importantes, en apariencia antagónicos y en cierto sentido complementarios: el de las relaciones de la Alemania Occidental con los Estados Unidos, por un lado, antes tan cordiales y estrechas, ahora de frialdad y hasta, en ocasiones, de recelo e incluso de tensión, y el de las relaciones de la Alemania Occidental con Francia, por el otro lado.

Advertía no hace mucho un corresponsal británico, de ese país que no ha conseguido—quizá por no haberlo buscado realmente—asentar las relaciones con la Alemania Occidental sobre unas bases y en un terreno que hiciese posible espantar, de una vez, las actitudes recelosas y las incomprendiones que indujeron a unas autoridades de ocupación a rendir un juicio tan equivocado como el que les había movido a destituir de manera fulminante al doctor Adenauer como alcalde de Colonia, el cargo que se le había devuelto a la terminación misma de la guerra con Alemania: «Jamás se ha sentido uno más consciente que en este momento (el del entierro de Adenauer) de lo inmanejable, visto desde el Rin, que se ha vuelto el triángulo Bonn-Washington-

París. Cuando Washington y París divergen, ¿cómo puede Bonn marcar el paso con ambas al mismo tiempo?»

\* \* \*

Los Estados Unidos, cuya posición en Europa o hacia Europa empezó a cambiar, aunque al principio no se tuviese de ello conocimiento ni siquiera la más leve sospecha, en el momento mismo en que la atracción ejercida por las cosas del Lejano Oriente empezó a ser creciente y, al fin, irresistible, no acaban de comprender lo que ha sucedido desde los días de John Foster Dulles como secretario de Estado, acaso el hombre público más amigo—y más querido—del doctor Adenauer. Más, tal vez, que De Gaulle. Por eso se llegó a extremos como el que supuso la impaciencia norteamericana por ver terminada la Era de Adenauer con la dimisión del anciano canciller que llegó a un momento crítico de su carrera en el año de 1961, cuando cumplió él los ochenta y cinco años de edad, tomó posesión de la Casa Blanca John F. Kennedy, muy pocos días después y se levantó, inesperadamente, el «Muro de la vergüenza» en Berlín, en cuya presencia y contemplación hizo el joven presidente norteamericano una confesión extraordinaria. *Ich bin ein Berliner*, dijo.

Por aquellos días mismos se estaba en el comienzo de una política y de una situación que movió al malogrado presidente de los Estados Unidos a observar, en conversación íntima, que sobre la Alemania Occidental no quedaba más remedio que esperar a que «el Viejo» abandonase la Cancillería. Mientras tanto, *Der Alte*, viejo en años y en experiencia, preparaba un poco apresuradamente los cimientos de una estructura desde la cual se le ocurrió pensar que pudiesen los alemanes contemplar ya el futuro sin una grave preocupación.

Era el futuro en el que ya no se miraría hacia los Estados Unidos de la misma manera que se le había mirado hasta entonces. Lo que bastaba, era evidente, para despertar recelos y acaso producir temores. De no haber sido así, ¿cómo se comprendería que en las elecciones generales de aquel mismo año de 1961 la representación democrática y cristiana en el Parlamento de Bonn hubiese bajado de aquella mayoría absoluta de 270 diputados a una mayoría relativa de sólo 241, que de nuevo hacía necesario, no conveniente o políticamente oportuno nada más, el retorno al gobierno de coalición?

La situación a que se llegó es demasiado reciente—aunque demasiado importante también—para dejar aquí siquiera resumido lo que está vivo todavía en la mente de todos los lectores de POLÍTICA INTERNACIONAL, en cuyas pági-



nas ha sido estudiada una y otra vez, bajo aspectos diversos, bien desde un punto de vista nacional como internacional. Queda sólo aludir a ella, pues, y tener presente el ánimo con que Adenauer llegó a París para la firma del tratado que bien merece ser considerado como lo que es: uno de los grandes acontecimientos históricos de la postguerra.

Un acontecimiento de tanta importancia que, al igual que otras cosas de estos tiempos que empezaron por ser recibidas con escepticismo o con indiferencia, llegó a convertirse en algo que es ya característico a la vez que fundamental: los grandes cambios y las profundas transformaciones. Nadie, es posible, contempló durante meses y algo más las perspectivas de una situación original con mayor recelo y más honda preocupación que el mismo *Der Alte*, especialmente a partir del momento en que sus peores sospechas parecían entrar en vías de realización con la mala impresión que el profesor Erhard, ya canciller, produjo en el presidente de la V República, en su primera visita a París. Y la peor impresión quizá que produjo en Adenauer el ver que, ciertamente, se empezaba a trabajar con celosa actividad en la tarea de revisión de la última—y por eso definitiva, según el deseo de Adenauer—gran empresa política de acercamiento de la Alemania Occidental a Francia. Que era, por decisión de un destino caprichoso, la confirmación de que había empezado la separación entre la Alemania Occidental y los Estados Unidos.

Para muchos alemanes—y para muchos que no lo eran—resultaba más que incomprensible estrafalaria la actitud de Adenauer hacia De Gaulle, no sólo por su defensa incondicional del Tratado de 1963, sino por cosas tan llamativas y en apariencia tan desfavorables para la República Federal, como la nueva y apasionada corriente de aproximación entre París y Moscú. Al anciano Adenauer, ya ex canciller, le bastaba con pensar en la antigua alianza franco-rusa para llegar a una conclusión definitiva: «Yo no quiero ver otra vez a los marinos franceses en Cronstadt.»

Por fortuna para Adenauer, aquella situación duró poco. Acaso por razón exclusivamente de la posición, tan extraña como incómoda, en que acabaron encontrándose los Estados Unidos, incapaces ya de pesar con toda su inmensa influencia sobre la marcha de los acontecimientos europeos. Antes del encuentro con la muerte, que ya no podría esperar mucho, aquella política de aproximación franco-germana iniciada en la fase final de la Era de Adenauer volvía a afirmarse.

Para anticipar—anunciar más bien—el final de toda una época en Europa, la época de la O. T. A. N. y la colaboración poco menos que incondi-

cional entre la República Federal de Alemania y los Estados Unidos, ¿por culpa de quién? Acaso de los acontecimientos mismos.

\* \* \*

C. L. Sulzberger, de *The New York Times*, cuenta que sólo meses antes de su muerte, el verano pasado, Adenauer le había dicho:

«Estoy grande y gravemente preocupado por todo el mundo. Los Estados Unidos están tan enfrascados en el problema del Vietnam, que existe el peligro de que la mayor potencia mundial pase por alto otros problemas a los cuales ha de hacer frente. Europa es aún, después de todo, el área de mayor importancia para los Estados Unidos, especialmente en términos políticos. Este ha sido siempre mi punto de vista. Y si ustedes no hacen caso de nosotros, si Rusia consigue alcanzar el control de Alemania y de Francia, entonces todos estamos perdidos, ustedes y nosotros conjuntamente.»

Aparentemente, la actual Administración—Gobierno—de los Estados Unidos no se ha dado cuenta de ello todavía. Por eso hay cosas fundamentales, en particular la política europea de los Estados Unidos, que marchan a la deriva. Y por eso cuando el presidente Johnson se encontró en Bonn con el canciller Kiesinger, el sucesor de Erhard y, por tanto, de Adenauer también, la conversación se desarrolló en una atmósfera de tensión y recelo.

¿Cómo podía el doctor Kiesinger insinuar siquiera que no había consultas y conversaciones frecuentes entre Washington y Bonn en los últimos tiempos, cuando los hechos indicaban otra cosa? ¿Cómo podía el doctor Kiesinger aludir siquiera a que Bonn había llegado a ocupar una posición de neta, inconfundible inferioridad en el panorama de la acción política y diplomática de los Estados Unidos cuando el presidente Johnson había incluso enviado a la capital de la República Federal al mejor y más autorizado de todos los secretarios de Estado de su país, como él mismo llegó a decir, Dean Rusk?

En realidad, y por vez primera desde la terminación de la Segunda Guerra Mundial, en Washington se estaba empleando un lenguaje político que era incomprensible del todo para Bonn y viceversa. En este caso por lo menos, la incomprensión era mutua. En una situación así poco se podía sacar en limpio, en realidad, por grande y decidido que fuese el empeño puesto en llegar al punto de nada más que la cuestión de investigar la causa y el origen del mal.

El canciller Kiesinger se quejó, en el curso de un Consejo de Ministros:

#### ADENAUER Y SU ERA

«Es siempre lo mismo... Uno no acaba de alcanzar con claridad el concepto de la política norteamericana.»

Y como es fatal que a la muerte de una era siga el nacimiento de otra, a menos que los pueblos mismos se resignen a morir, lo cual no es nada probable, a la muerte de la Era de Adenauer está siguiendo ya el nacimiento y el desarrollo de otra que tiene, al menos por ahora, ciertos rasgos inconfundibles, la raíz de todos los cuales está en la vida y obra de Konrad Adenauer. Como el acercamiento franco-germano y el distanciamiento germano-americano.

JAIME MENENDEZ.

